

mana a los hombres en el amor al Padre y prolonga en el mundo la preferencia de Cristo por los pequeños y los pobres”¹⁸.

«Y para obtener esta gracia,
acudamos a la Madre de las gracias...» (NsOr 6)

Queridos hermanos: quiero confiar a María santísima, Madre de los huérfanos, la entera Congregación.

Que sea ella, nuestra Patrona, quien guíe nuestros pasos en este momento importante de nuestra historia, y nos ayude a ver con claridad, y a acoger, los signos de la vida nueva; que nos obtenga que el próximo Capítulo general, dócil a la voluntad de Dios, pueda de verdad confirmar a los hermanos "en el amor de Cristo y en la observancia de la regla cristiana"¹⁹ y en la fiel realización del proyecto de san Jerónimo, para responder a las ansias de la humanidad; que cuide de cada uno de nosotros, los religiosos, y nos alcance que, renovados por Cristo día tras día, seamos constructores de comunidades fraternas, lavemos con él los pies a los pobres y aportemos nuestro granito de arena a la transformación del mundo.

Por ello, es mi intención renovar la consagración de nuestra Congregación la Santísima Virgen el 27 de septiembre próximo, a los pies del altar de la Madonna Grande de Treviso. Pero antes de tomar en firme esta decisión, me gustaría conocer vuestras opiniones, que espero que me remitáis.

Invoco sobre todos -especialmente sobre ancianos, enfermos y cuantos atraviesan momentos de dificultad- la intercesión de la Madre de los huérfanos y de san Jerónimo. Y a todos os bendigo de corazón.

En Cristo, afectísimo,



P. Bruno Luppi, cis
Prepósito general

¹- cfr An 12,5;

²- VC 110;

³- cfr Mensaje del Cap. gen. 99;

⁴- VC 37;

⁵- Cap. gen. 99, 5 A.2.1;

⁶- cfr CC 73;

⁷- cfr An 11,7;

⁸- 2c. 15;

⁹- cfr VC 22;

¹⁰- Cap. gen. 99, 5 A.2.2;

¹¹- cfr 1Let 17;

¹²- cfr CCRR cap. V;

¹³- cfr "Caminar desde Cristo", 20

¹⁴- cfr Cap. gen. 99, 5 A.3.1d;

¹⁵- citado por el Cap. gen. 99, 1, conclusión;

¹⁶- CCRR 21;

¹⁷- 1c. 5;

¹⁸- CC 10;

¹⁹- 2c. 2.

Morena-Roma, 8 de febrero de 2004

Queridos hermanos:

¡Bendito sea Dios!

«María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón». (Lc 2, 19)

Sé muy bien que a todos nos hace más falta el silencio que las palabras.

Porque, efectivamente, la única Palabra, generadora de Vida, que revela en el silencio de la noche, sigue dándose a cuantos la acogen en lo más íntimo de sí mismos.

Por eso, desearía que esta carta mía facilitase el encuentro con la Palabra hecha carne, el Señor Jesús, Camino, Verdad y Vida: entonces, ya nada turbará nuestro corazón, ni siquiera las dificultades de este tiempo nuestro, porque la voz del Maestro ("¡No temáis: yo estoy con vosotros!") le infundirá confianza, lo llenará de paz y lo transformará en un corazón abierto al amor.

Este es el ánimo con el que me dispongo a compartir con vosotros mis reflexiones sobre nuestra vida de consagrados en este momento histórico, en base a cuanto he visto y percibido tras la visita canónica, que he realizado ya en casi todas las comunidades.

Teniendo naturalmente en cuenta las diferencias debidas a la situación geográfica, la cultura, el tiempo de presencia somasca, la situación vocacional... he percibido, sin embargo, algunos aspectos comunes a todos, tanto en lo que se refiere a dificultades como en las opciones fundamentales relativas al seguimiento de Cristo en fidelidad al carisma somasco.

«...las olas cubrían la barca...

-¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?» (Mt 8, 24.26)

El cambio profundo que sacude nuestras sociedades, cada vez más interdependientes a causa de la globalización, tiene una honda repercusión en nuestra vida religiosa personal y comunitaria, en cualquier parte del mundo, ofreciendo nuevas oportunidades y lanzando nuevos retos. Aquéllas, aún no hemos sido capaces de valorarlas adecuadamente; éstos, en cambio, están creando, claro que de distinta manera, miedo, inseguridad, desconcierto y temor muy generalizados, incluso por culpa de la situación que la Congregación está atravesando.

vo y de la mentalidad consumista, del eficientismo y del activismo, están ofuscando la originalidad evangélica y debilitando las motivaciones espirituales; y, además, porque la primacía de los proyectos personales sobre los comunitarios está emponzoñando la comunión fraterna en no pocas comunidades.

RENOVARSE

Nuestro modo de vivir como discípulos de Cristo según el ejemplo de san Jerónimo tiene que ser inmediatamente captado por quienes se relacionan con nosotros y con nuestras comunidades.

Y esto sólo será posible si cada aspecto concreto de nuestra vida refleja la "bata vida del Evangelio". Esa renovación, tan deseada en estos últimos años y a menudo dejada de lado, tiene, pues, que ser perseguida por todos con mayor tenacidad, sobre todo con la mirada puesta en un estilo de fraternidad más evangélico¹²; en una formación que haga a cada uno individualmente más responsable de los compromisos adquiridos; en un servicio de autoridad hecho de animación, que se orienta por la disponibilidad y por una docilidad a la acción del Espíritu santo siempre nueva y creativa¹³; y en un modo de compartir el carisma que impulse a religiosos y laicos a sentirse hermanos, a vivir el mismo Evangelio de la caridad, a trabajar juntos y a llamarse "servidores de los pobres"¹⁴.

Hermanos: la renovación de nuestra vida somasca, especialmente en lo que se refiere a los aspectos anteriormente señalados, sólo se realizará si se da un esfuerzo común por recuperar nuestra vocación de somacos que, como ya decía el P. Angiol Marco Gambarana, es la de "ministros de los pobres del Señor y no sus amos"¹⁵.

Hacernos "servidores", como Cristo y como san Jerónimo, siempre dispuestos -cualquiera que sea nuestro trabajo o encargo- a "lavar los pies" de todos, especialmente de los hermanos de comunidad y de los más pequeños de los pobres: ésta es nuestra vocación!

Sólo con esta actitud viviremos el Evangelio de la alegría en comunidad fraterna, nos sentiremos realizados en nuestra oblación diaria, experimentaremos que se es más feliz al dar que al recibir y, orgullosos de nuestra vocación de servidores de los pobres, "ofreceremos al mundo un testimonio precioso, y muchos se sentirán atraídos por nuestras obras"¹⁶.

Queridos hermanos, esta carta os llega alrededor de la fiesta litúrgica de nuestro Fundador, san Jerónimo Emiliani, "fervoroso y refugio de los pobres". Acogedla como una mediación para ayudar a la realización de ese deseo de mayor coherencia y radicalidad, que sin duda habrá brotado en muchos de vosotros, en estos

prender por la oscuridad de la noche", sino que están alerta para escrutar cuanto sucede en la oscuridad y para anunciar la llegada de la aurora";

- nos recordaba que "la vigilancia requiere atención para observar, valor para alertar y mucho ánimo para no caer en la resignación"⁸.

Esto explica su insistencia a que recuperemos el carisma de san Jerónimo: "seguir el camino del crucificado, amaos los unos a los otros, servid a los pobres"; y nos esforcemos, personal y comunitariamente, en vivirlo y compartirlo, para así "reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad del fundador, como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy"⁴.

«Somos como la semilla caída entre las piedras, o sea, de los que creen durante un tiempo, pero a la hora de la tentación desfallecen». (3c 1)

La respuesta dada al Capítulo general ha sido desigual.

Por un lado, actitudes de indiferencia y de cierta resistencia al camino trazado por el Capítulo general, han propiciado que ni todos los religiosos ni todas las comunidades hayan estudiado los Documentos, para hacer suya su fuerza profética e innovadora. Esto ha impedido esa unidad de pensamiento, de vida y de acción que tanto necesita la Congregación para enfrentar con confianza los retos de este tiempo nuestro y abrirse compacta a las nuevas posibilidades que el Espíritu nos está ofreciendo. Se ha resentido, además, el proceso de revitalización de personas, comunidades y obras con la fuerza del carisma somasco, por no haber tomado conciencia de nuestro papel de consagrados en la Iglesia para transformar el mundo.

Por otro, en cambio, la disponibilidad a la propuesta del Capítulo general de "remar mar adentro y echar las redes más allá del pesimismo superficial... e ir a la otra orilla del lago para ver la realidad en la que estamos enfrascados con una perspectiva diferente y de mayor esperanza"⁵ ha empujado a comunidades y religiosos a aspirar con mayor decisión a la espiritualidad -vida según el Espíritu- vivida por san Jerónimo y descrita en nuestra Regla, hecha de devoción, de caridad, de trabajo, firmes puntales de la Obra siempre. Y así han surgido experiencias de inserción, de solidaridad, de participación de la vida con los pobres, especialmente con la infancia y la juventud necesitada, "herencia preciosa de nuestro santo Fundador"⁶, prioridad permanente y caracterizadora de nuestra Congregación. Y también han cobrado nueva fuerza determinados comportamientos que tienden hacia una espiritualidad de comunión y hacia una más estrecha colaboración con los laicos.

«A nosotros, los somascos, nos toca esperar caminando, dando pequeños pasos». (Cap. gen. 1999, 5 A.3.2)

El hoy de la Congregación suscita no pocos interrogantes en muchos de nuestros religiosos.

Dado que he tenido la gracia de poder estar, aunque haya sido por poco tiempo, en casi todas las comunidades, y de compartir con ellas alegrías y preocupaciones, emociones e incertidumbres, la fragilidades y la fidelidad de los hermanos, puedo asegurar que la Congregación está viva y con buenas perspectivas de futuro. Pues además de cuanto ya he dicho, en ninguna parte faltan respuestas decididas a la invitación a una más plena adhesión a los sentimientos de Cristo, a través de la negación de sí mismos, para vivir del Señor, por amor de su Reino. La conciencia de las propias limitaciones no impide que el objetivo sean los valores de aquella misma "beata vida del Evangelio" que caracterizó a nuestro Fundador ni que se unan la frescura y autenticidad de los orígenes con el valor de la audacia y la creatividad, para responder a los signos de los tiempos.

Son "brotes" de vida nueva, cuyo desarrollo -hasta dar los frutos deseados- reclama, por un lado, audaces decisiones congregacionales para poner a disposición recursos humanos y medios adecuados; y por otro, la disponibilidad de cada uno de nosotros a colaborar.

«...yo os lo recalco y confirmo con más insistencia que nunca: que si perseveráis en la fe en medio de las tentaciones, Dios os consolará en este mundo, os preservará en la tentación y os dará paz». (2 Lett 8)

Queridos hermanos: ante la certeza de que el Señor nos ha llamado al seguimiento de su Hijo en la Congregación somasca porque nos quiere "contar en el número de sus hijos queridos" y "hacer en nosotros cosas grandes", nuestra respuesta no puede ser otra que la del esfuerzo por "perseverar en sus caminos" para renovar el don de gracia concedido a san Jerónimo.

Esto, junto con las respuestas que podamos dar a las nuevas situaciones y la capacidad de tomar decisiones en comunión con los hermanos, que permitan afrontar opciones cruciales, garantizará el futuro de la Congregación. Por eso, de cada uno de nosotros depende: o apoyar o negar la vida; o crear comunión o incrementar lo que nos separa; o dejarse vencer por las dificultades o enfrentarse valientemente y con esperanza a ellas; y hallar para el carisma nuevas formas de expresión en fidelidad a los orígenes, para que no acabe en un museo, donde sólo se le recuerde con nostalgia.

Que en un momento tan decisivo como éste nos sean de acicate las palabras de san Jerónimo: "... si vosotros falláis, el honor de Dios no fallará, como está escrito, pues se manifestará en otros. Por tanto, todo depende de vosotros, pues Dios no falla"⁸.

Que cada uno responda, pues, con decisión, al deseo de conversión y purificación que siente en su interior: procede del mismísimo Espíritu Santo, que nos pide que demos nueva fuerza a la dimensión profética de nuestra vocación, poniendo todo nuestro ser al servicio de la causa del Reino de Dios, dejándolo todo y transformándonos en "memoria viviente del modo de ser y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos"⁹.

«Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron». (Lc 24, 31)

Si de verdad queremos "ser dóciles al Espíritu" y "remar mar adentro", se imponen, hermanos, algunas obligaciones.

RECORDAR

Preguntémonos con frecuencia seriamente por qué estamos aquí, en la Congregación. Tomar conciencia de que pertenecemos a Cristo, que Él nos ha atraído a sí, que estamos en su casa y comemos su pan y que nos hacemos llamar servidores de los pobres de Cristo reavivará en nosotros el don de gracia originario, o sea, la pasión por Cristo y por la humanidad, especialmente por los más pequeños y los pobres, y nuestra gratitud al Señor por habernos llamado a seguir el camino de Cristo Crucificado, como san Jerónimo. El amor por el don recibido, además, nos dará el valor, la fuerza y el entusiasmo necesarios para "estar presentes en el mundo actual y a colaborar en su transformación, guiándolo hacia el Reino bendito del Padre, esperanza de los pobres y de la humanidad"¹⁰.

SER SIGNIFICATIVOS

El Capítulo general del 99 ha propuesto el "Vivir y compartir el carisma" como la senda más segura para hacer de la Congregación un signo de Cristo y del Evangelio de la caridad. Porque pensaba que los religiosos, las comunidades y las obras se verían comprometidos en recuperar con empeño la espiritualidad de los "fundamentos de la obra": el trabajo ("realizar las obras de Cristo"), la devoción ("permanecer con Cristo"), y la caridad (vida fraterna según el estilo contenido en nuestra Regla de vida). Este compromiso sigue siendo hoy una verdadera urgencia, pues la insidia de la mediocridad de la vida espiritual, del aburguesamiento progresi-

El aumento de la edad media y la escasez de nuevas fuerzas en varias partes de la Congregación están provocando, efectivamente, una crisis en algunas personas y obras, porque generan frustración, sentimientos de culpa, malhumores y vanas añoranzas (en casos hasta por la pérdida de "incidencia"). En otras, el fracaso y abandono de experiencias que en sí mismas parecían "interesantes", ya sea por la falta de personal religioso o por inconstancia personal y comunitaria, o, a veces, por culpa de la improvisación, de la imprudencia y del excesivo personalismo ("tentaciones luciferinas", siempre al acecho), han dado paso a ese tipo de desconfianza que impide la búsqueda de caminos nuevos viables. En las nuevas fundaciones, una escasa "experiencia somasca", todavía en fase inicial, unida a impedimentos y dificultades diversas, a veces ajenas a nuestra voluntad, impiden o retrasan el avanzar de las personas y el desarrollo natural de las obras. Si a esto añadimos la escasez generalizada de vocaciones, agravada por el imprevisto abandono de no pocos religiosos, el futuro se hace aún más oscuro y más débil la esperanza.

Además, las diferentes maneras de reaccionar ante cuanto nos sucede (actitudes de rechazo y cerrazón, de miedo o indiferencia en unos casos; y de aceptación, búsqueda de un sentido nuevo y mayor calidad a la propia vida religiosa, en otros) crean tensiones que impiden la armonía necesaria para poder discernir juntos la voluntad del Señor y realizar un proyecto de presencia significativa y compartida en las obras. Y luego, una cierta alergia a la formación permanente y al "aggiornamento" personal y comunitario, tan deseados por la Iglesia y por la Congregación, está generando la ausencia de un sentir común sobre la significación y el modo de presencia de la vida consagrada y de nuestro carisma en la Iglesia y en el mundo de hoy.

Por último, quiero señalar algunas "resistencias" bastante generalizadas: resistencia a encarnarse en la realidad eclesial; resistencia a ponerse a servicio de, "sin condiciones"; resistencia a una auténtica "opción por los pobres": "vivir y morir con ellos"; resistencia a liberarse de cuanto impide la novedad que trae el Espíritu. Tenemos que vencer estas resistencias, hermanos, si queremos no sólo tener "una gloriosa historia que recordar y contar, sino una gran historia que construir".

«Centinela, ¿qué hora es?
Y el centinela responde: viene la mañana y después la noche;
convertíos, volved». (Is 21, 11-12)

El Capítulo general del 99, "...compartiendo esperanzas e inquietudes; abiertos al futuro, pero con la esperanza puesta en los orígenes":

- nos pedía, a cada uno, que fuésemos centinelas que no se dejan "sor-

días, tras la meditación de su santa vida y la lectura de sus cartas; y como una invitación a prepararnos al, cada vez más cercano, Capítulo general de 2005.

«Por eso, rogad a Cristo peregrino diciéndole:
¡Quédate con nosotros, Señor, pues se hace tarde!» (Lc 5)

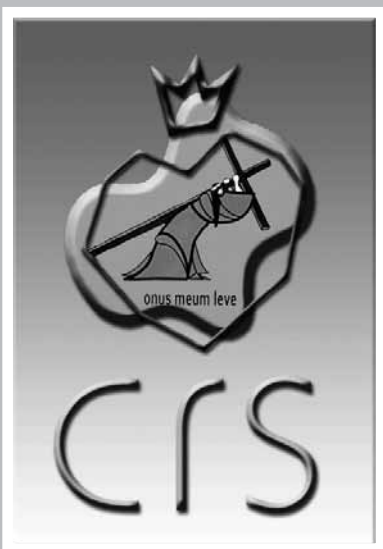
Un diálogo personal y prolongado con el Señor nos permitirá comprender que, a pesar de todo, estamos en tiempo de Pascua, de vida nueva; y nos dará el coraje y la fuerza necesarios para realizar su proyecto de amor, en fidelidad a nuestra vocación de servidores de los pobres.

Entonces estaremos en disposición de acoger el Capítulo general del 2005 como una nueva oportunidad que el Señor brinda a la Congregación para abrirse a un camino de esperanza. Es cierto que corresponde al Capítulo realizar las opciones más adecuadas para dar una respuesta a Dios, que sigue hablando por medio de tantas situaciones y tantos retos nuevos; pero es más cierto que el objetivo solo podrá alcanzarse si hay unión de intenciones, si, movido por una renovada y fuerte pasión por Cristo y por la humanidad y sintiendo la "cosa" como suya, cada uno estará dispuesto a dejarse implicar en primera persona, con entusiasmo, antes, durante y después de.

Estoy seguro de que haremos de todo para acoger con gratitud el don que Dios, Padre bueno siempre, nos tiene preparado, y desplegaremos los medios oportunos para quitar los obstáculos y abrir la puerta a la nueva vida que Él nos quiere dar. Entonces desearemos emprender juntos un camino de conversión y purificación, poniendo en entredicho, serenamente, aquellas respuestas que, personalmente, como comunidad y como Congregación, hemos dado hasta ahora a nuestra vocación de religiosos somascos. Pero, sobre todo, confiando en la ayuda del Señor, venceremos temores, continuos celos ("¿de qué me sirve esto...?"), miedos, desánimo e indiferencia, para abriarnos a la novedad que Dios mismo trae y no estar esperando pasivamente a ver qué pasa.

«¿No ardía nuestro corazón
mientras nos hablaba por el camino...?» (Lc 24, 32)

"Si la Compañía permanece con Cristo, se alcanzará el objetivo"¹⁷. Su gracia desbordante nos dará fuerzas para actuar con audacia en los momentos de dificultad y para abrir sendas nuevas; nos ayudará a ser pacientes, a perseverar hasta el fin, y, más aún, a transformarnos en "signos de la vida nueva que her-



CÉRIGOS REGULARES SOMASCOS

Carta del Prepósito general a la Congregación

ROMA - CURIA GENERAL

8 DE FEBRERO DE 2004

SOLEMNIDAD LITÚRGICA DE SAN JERÓNIMO EMILIANI